

## Ing. José Mauricio López (Ex becario de Monbukagakusho de 1976 a 1983)

Estudie bachillerato industrial con especialidad en mecánica automotriz. Termine mis estudios en 1973 justo un año después que la universidad de El Salvador fue intervenida por el gobierno de ese entonces. Quería continuar mis estudios, pero no era posible así que empecé a trabajar como mecánico de tractores en una distribuidora de maquinaria agrícola de San Salvador.

En 1974 reinicie mis estudios en la universidad, pero solo podía hacerlo por horas. Trabajaba y estudiaba.

En los exámenes privados tuve la suerte de sacar la segunda mejor nota a nivel de bachillerato industrial y el gobierno me ofrecía media beca para estudiar en el extranjero. Si lograba que algún gobierno extranjero complementara esa beca tendría oportunidad de estudiar fuera del país y empecé a aplicar a todas las embajadas que pude.

No tenía otra cosa más que mi currículum y ninguna recomendación personal. Toqué los timbres de las embajadas literalmente, una tras otra vez. Muchas me dejaban entrar. Otras solo me rechazaban por el intercomunicador. Envié cartas y visité repetidamente las oficinas del Concejo de Planificación del gobierno sin una respuesta satisfactoria.



Por fin el gobierno de Brasil me ofrecía algo, pero solo era media beca y el gobierno de El Salvador no la complementaba. Ya no había más opción. Era 1975 y la situación política cada vez empeoraba más. La prioridad del gobierno no era la educación y la universidad funcionaba con grandes sacrificios. Casi me resignaba a continuar en la Universidad de El Salvador sin saber si algún día podría graduarme.

En ese contexto la Embajada de Japón publicó un anuncio sobre la concesión de becas para estudiar una carrera en una universidad japonesa. Solo era una beca para estudiar una carrera por 5 años. Tenía que llenar los requisitos para aplicar y hacer un examen de selección. Me presenté y la logré obtenerla. Tenía que estudiar japonés durante un año y luego ingresar a una universidad por 4 años para obtener el título de gakushi. Ese fue el momento más feliz de mi vida. Tenía 20 años, había perdido 2 años por el cierre de la universidad y estudiaba segundo año de ingeniería industrial.

Estudiaría ingeniería mecánica y me sentía realizado.

Era el 4 de abril de 1976. Salí en un avión de LANICA con rumbo a México y luego a Japón por JAL. Viajaba junto con un médico, el Dr. Francisco Arévalo que también había sido becado para estudiar un curso de especialización. Todo era nuevo. El viaje en avión, una estadía en México y un viaje tan largo de México a Tokio.

Después de casi 11 horas de vuelo llegamos a Tokio. Muy frío. Me prestaron un abrigo y logre calentarme un poco. Llegue al dormitorio de la escuela de japonés y descanse.

Era otro mundo. Ir al baño y tener que cambiarse zapatos para entrar y luego volver a cambiarse para salir. El baño diferente. No se sienta uno. Se pone de cuclillas. Me sentí solo con un sentimiento que jamás había experimentado. Alegría, incertidumbre, con la adrenalina al máximo.

La escuela de japonés era una extensión de la universidad de idiomas extranjeros de Tokio y éramos 34 estudiantes de 12 países. Hong Kong, Filipinas, Nepal, Tailandia, Malasia, Singapur, Australia, Nueva Guinea, Nueva Zelanda, El Salvador, Brasil y Argentina.

Con la sociedad japonesa de fondo, convivimos durante un año día a día enfrentando el cambio cultural, la nivelación académica y el aprendizaje del idioma. Fue el año más difícil de todo el periodo de 7 años que estude. El periodo del choque cultural.

Solo viviendo la realidad se da uno cuenta de lo difícil que es comer otras comidas, respirar otro aire, aprender otro idioma y sobre todo vivir en un ambiente que no se parece en nada a la cultura occidental. Alguna vez lo dijimos, era como estar en otro planeta.

Subirse a los trenes era una experiencia única. No podía distinguir un japonés de otro. Todos parecían iguales.



En ese año fuimos tan unidos con los demás compañeros que 41 años después todavía tenemos el grupo Tokio Gaidai en Facebook y nos seguimos comunicando.

Al año de vivir en Tokio ya éramos un grupo multicultural. Aun pienso que la mayor ganancia que tuve de vivir en Japón fue haber conocido otras culturas no solamente la japonesa. En 2014 tuve la oportunidad de viajar a Malasia por trabajo y fue muy agradable ver como mis compañeros se reunieron en Singapur para tener una reunión conmigo.

Termino el año de estudio intensivo de japonés y fuimos reubicados en distintas universidades. Yo fui a la Universidad de Shizuoka, a la facultad áreas comunes por 2 años. Alquile un cuarto en un Geshuku de 4.5 tatamis que es la unidad de área de los apartamentos. Cabía una mesa un televisor y un kotatsu (mesa de centro térmica). Para dormir tenía que apartar el kotatsu y bajar el futon (colchoneta). Esta era tarea de todos los días. Era sala, comedor y dormitorio al mismo tiempo.

A estas alturas el choque cultural estaba en su apogeo y empezaba a conocer la sociedad japonesa de frente, sin intermediarios. Solo tenía un compañero brasileño al que veía una vez a la semana así que prácticamente viví en la sociedad japonesa como un japonés más. No había internet y las comunicaciones se limitaban al teléfono y el correo. En estas condiciones pasaba el día y la noche hablando, oyendo y escribiendo japonés. Fue tal la profundidad en que viví esta cultura que 2 años después sentía mi idioma materno como un idioma extranjero. Bromeábamos con el brasileño diciendo no soy de aquí ni soy de allá.

La sociedad japonesa era muy cerrada. Era sumamente complicado hacer amigos. Generalmente hacia más amigos entre extranjeros que con los compañeros japoneses. Digo que era cerrada porque en el 2014 después de ir a Malasia fui a Japón y mi impresión fue muy diferente.

Me pasaron muchas cosas y los mismos japoneses ríen cuando las cuento. Recuerdo la primera vez que entre al ofuro (tina de baño). Entre, me bañe y luego abrí el desagüe y bote el agua caliente. Sorpresa. La tina solo es para relajarse y el agua caliente la utilizan todos, no se bota. La tina es de uso común y oía las quejas de los demás inquilinos porque alguien había vaciado la tina.

En mi cuarto año de vida en Japón me traslade a la facultad de ingeniería en la ciudad de Hamamatsu a estudiar 2 años más. Ahí empezaba mi historial de mudanzas que en promedio fueron de una por año mientras viví en Japón.

El choque cultural, el idioma, las comidas, las costumbres y todos los aspectos diferentes de occidente eran cosa del pasado. Estaba completamente adaptado a la vida de Japón.

Pero por mucho que uno se adapte a otra cultura, las costumbres propias no se borran y entra la nostalgia. Tenía que regresar a mi país y aproveché una vacación de verano para hacerlo.



Continué mis estudios haciendo la maestría y termine 7 años después de poner pie por primera vez en estas tierras.

Me fui de 21 años y regresé de 28 a mi país. Me casé, tuve mis hijos con doble nacionalidad y he vivido entre dos mundos durante toda mi vida. Aun ahora mi vínculo con Japón nunca se rompió. No por elección sino porque soy padre de jóvenes japoneses. Son lazos familiares los que me unen a una cultura completamente diferente.

Con ellos hablo japonés, como comida japonesa y seguimos las costumbres japonesas en nuestras relaciones personales. Llegamos a la hora a nuestras citas y hacemos todas esas cosas que hacen de los japoneses personas muy disciplinadas.

Vivir entre dos mundos es lo que esta experiencia me dejó. Ha sido la experiencia de mi vida y siento la necesidad de enseñar a los jóvenes todas estas cualidades que hacen de Japón un país único.

El vivir otra cultura cambia sus propios valores no importa cuál sea. La diferencia está en que nuestra cultura occidental solo cambia en la forma no en el fondo entre países siendo la cultura salvadoreña parte de esa cultura occidental. Oriente es diferente.

Sus principios, su idiosincrasia, su forma de ver la vida. Japón incluso es una cultura con rasgos únicos dentro de Asia. Aprendí no solo su tecnología, sino sus principios que se impregnaron en mí debido a lo joven que estaba cuando me fui y al tiempo que conviví con ellos.

No cambiaría por nada mi experiencia en Japón. La viví y la sufrí ya que no es fácil enfrentar dos culturas dentro de la propia. Enfrentar mis propios pensamientos con los de mis compañeros. Fueron 7 años que cambiaron mi vida.

Ya graduado regrese a mi país, trabajé 7 años y volví a Japón ya no como estudiante sino como empleado de una compañía japonesa. Aprendí a dar todo por el trabajo. Es lo que Japón me enseñó.

En total han sido 14 años los que me unieron físicamente a Japón, pero mi mente ha estado unida a ese país desde que cumplí 21.

Gracias a la embajada de Japón, al gobierno japonés y a todas las personas que estuvieron pendientes de mí durante mi estadía en Japón y después de mi regreso.

Mi vida ahora es aplicar esos conocimientos en mi trabajo y en enseñar japonés a los jóvenes.

[http://www.sv.emb-japan.go.jp/itpr\\_ja/00\\_000203.html](http://www.sv.emb-japan.go.jp/itpr_ja/00_000203.html)

<https://www.cms.newweb/alaya/main?EID=VirCmnAddCtt001E>